

Y Lara asiste un momento,
De su ligero carácter
Dando, como siempre, pruebas,
Esmerado en porte y traje.
Pero hubieran advertido
Unos ojos penetrantes,
Que en su locuaz alegría
Y movimientos marciales,
De afectado y violento
Daba muestras su semblante,
Porque voces interiores
No cesaban de asustarle.

Era media noche en punto
Cuando dejó Lara el baile,
Y dos veces volver quiso
Al verse solo en la calle.

Mas resuelto, va á su casa
Do toma su capa, y sale
Seguido de su asistente,
A quien mandó acompañarle.

Por la ciudad, que dormía,
Sin que otro rumor sonase
Que el eco de los violines
O de algun buho los ayes,
Vaga el jóven como loco,
Porque el demonio y el ángel
Dentro de su mismo pecho
Aun empeñados combaten.

Del Eterno los juicios
Santos son é inescrutables.
Sonó en el reloj la una
Y decidióse el combate.

Lara del convento llega
A los humildes tapiales,
Que allí aguarde á su asistente
Manda, y decidido parte.



El ciprés erguido mira,
Que taladrando los aires
Aparece entre las sombras
Vago, aterrador gigante.

La pared registra, advierte
Derruidos los sillares
De la planta, los ladrillos
Descarnados, desiguales.

Tienta, y ve que ofrecen paso,
Y que aun ya lo han dado ántes;
Audaz trepa, y en la barda
Llega pronto á cabalgarse.

Le pasma el hondo silencio
Y la oscuridad fragante
De aquel huerto, que domina
Sin ver nada. Escucha el suave

Murmullo de agua corriente,
Y de las hojas que el aire
Mece con su dulce soplo...
¡Ay! aun puede retirarse.

Mas no se retira. Encuentra
Cerca con los dos varaes
De una escalera de mano.
En ella logra afirmarse;

Desciende sin saber dónde,
Y al tocar la tierra, sale
De detrás de un tronco, un bulto
Que por el brazo le ase

Con una mano convulsa;
Y una voz, que apénas sabe
Si es voz, le dice: *Seguidme,*
Y anda el bulto sin soltarle.

Por la confusion medrosa
De tinieblas impalpables
A tal hora, con tal guía,
Y sin saber á qué parte

Va Lara, como caminan
Tras su destino inmutable
Sin verlo, del ciego mundo
Por las sombras, los mortales.

ROMANCE QUINTO

LA MONJA



De una reducida celda
En el estrecho recinto,
Que un claro velon alumbraba
Encima de un pajecillo,
Se encuentra confuso Lara,
Cual por encanto metido
Con la misteriosa guía
Que le ha llevado á aquel sitio.

Mira en derredor, y encuentra
A un lado un lecho muy limpio,
Al otro un reclinatorio
Y sobre él un crucifijo;

Dos muy capaces armarios
De nogal negro, un antiguo
Escritorio, y taburetes
Por la pared repartidos.

Y en medio un bufete halla
Cubierto de mantel fino,
Con tortas, bizcochos, dulces,
Conservas y pastelillos,

Dos copas y dos redomas,
Que una de agua, otra de vino,
Parecen, y dos cubiertos
Todo muy pulcro y prolijo.

La vista en seguida clava
En quien allí le ha traído,
Que ya al descubierto ostenta
De su porte el atractivo.

Y si pensó aquella tarde
Que era un sol el rostro lindo
De la monja, ahora lo juzga
Un encantador prodigio.

Depuestos el velo y manto
Descubre todo el hechizo
De su esbelto y noble talle,
De su donaire y su brio.

Y como no la contienen
Los importunos testigos,
Que acaso en el locutorio
De sus gracias fueron grillo,
Ostenta todo el tesoro
Que el cielo donarle quiso
De belleza y gallardía,
Y el de sus modales finos.
Con sonrisa seductora
Y con ojos expresivos
Se acerca á don Juan, que mudo
Se ve cual jamás se ha visto.

Le ase amorosa una mano,
Y «Descansad, señor mio,
Tomad algun refrigerio,
Y estad seguro y tranquilo,»
Le dice. Blanda le acerca
A aquel bufete provisto,
Y le ruega que se siente
Con gran ternura y cariño.

Lara torna en sí, se esfuerza,
Recobra el genio nativo,
Y lo pasado y futuro
Dando ligero al olvido,

De su temor se avergüenza,
Sonrójase de sí mismo,
Y de sólo lo presente
Entrégase á los delirios.

Y «No extrañeis, ó señora,
O sol, ó encanto divino,
(Dice) se muestre cobarde
Con su señora el cautivo.

»Ni que dude de tal dicha
Quien de ella se juzga indigno,
Y piensa que es el juguete
De un ensueño fugitivo.

»Un volcan arde en mi pecho,
Su fuego sólo respiro,
Y jamás sentí en el alma
Más delicioso martirio.

»Vos sola, vos...» Levantóse
Tan resuelto de improviso,
Que atrás la monja dos pasos
Dió con ademan esquivo;

Y lanzando una mirada
De indignacion y desvío,
En tono grave y resuelto
«Teneos, ¿qué haceis?» le dijo.

El militar arrogante,
Aterrado y confundido,
A ocupar volvió su silla
Más humilde que un novicio.
Pasmado de que un semblante
Pueda tener tal prestigio,
Que baste á imponerle freno
A tal hora y en tal sitio.

La monja, ya asegurada
De que tiene poderío
Para anonadar los planes
De aquel audaz libertino,

Torna á desplegar astuta
Sus encantos y atractivos.
Siéntase enfrente de Lara,
Y en él ambos ojos fijos,

Le alarga un tierno bizcocho
Y le excita el apetito,
Diciéndole que ella misma,
Con cuidado muy prolijo

Lo ha elaborado anhelosa,
Del dulce más exquisito,
Para regalo del huésped
Que en su socorro ha venido.

Lara otra vez recobrando
Su suelto y marcial estilo,
Lo come, y aun otro toma,
Lo que da gran regocijo

A la engañadora maga,
Que echa en una copa vino
Y le dice: «Este es regalo
Que la Navidad me hizo

Mi hermana, señor, mi hermana;
Apurad gozoso el vidrio,
Y gane el licor por suyo
Lo que pierda por ser mio.

— Brindemos por ella entrambos»
(Contesta don Juan), y fino
Va á servirle en la otra copa.
Mas ella estórbalo, y dijo:

«Brindaré con agua pura,
Que aunque es muy suave este vino,
Por no estar acostumbrada
Pudiera serme nocivo.»

Don Juan el agua le sirve,
Y bebe ella al tiempo mismo
Que el otro el bálsamo apura,
Que era añejo y exquisito.

«De Chipre es, y es excelente
(Dice don Juan), vive Cristo.
— El comendador de Malta,
Que vos conoceis, mi tío,

»En su galera lo trajo
Cuando volvió del Egipto,»

Contestó la religiosa
Con un gracioso remilgo.
«Es un néctar» (dice Lara),
Y otra copa llenar quiso,
Mas la monja le detiene
Con un afable sorriso,
Diciéndole: «La cabeza
Fuerza es conservar y el tino,
Que aun nos queda que hacer mucho
Y es el tiempo fugitivo.»

Lara aquella mano toma,
Que le ataja, y expresivo
En ella imprime los labios,
Y se da por convencido.

La monja se alza, y severa
«Señor don Juan, es preciso
(Dice) no perder momento
Y que se cumpla el designio

»Con que os he dado esta cita,
A que habeis correspondido.
Vais á hacer un gran viaje,
Para hacerme un gran servicio.

»Y por ahorrarme palabras,
Y que sepais por vos mismo
Mis más ocultos secretos,
Y la proteccion que exijo,

»Abrid aquel grande armario,
No vacileis, os suplico,
Y ayudadme cual valiente:
Abridlo, don Juan, abridlo.»

Subyugado por el tono
Del mandato imperativo,
Y por demostrar que nada
Atemoriza su brio,

Va don Juan, abre el armario,
Y á sus piés cae al abrirlo,
De un caballero el cadáver
Con ricas ropas vestido.

Queda helado, queda mudo,
Queda trasformado en risco,
En tan espantoso objeto
Los ojos clavados, fijos.

Cuando oyó la voz tremenda
De la monja, que el rugido
Le parece de una tigre,
O de voraz hiena el grito,

Que de este modo le explica
Hallazgo tan imprevisto,
Alumbrando con un rayo
Aquel ciego laberinto.

«Ese objeto que os asombra
Una víctima es, don Juan,

De su infame alevosía,
De su perfidia falaz.

»Un ejemplo de que nunca
Hembras de mi calidad
Los engaños y traiciones
Sin venganza sufrirán.

»Con sus fingidas palabras,
Ese, que no es nada ya,
Logró rendir mi altiveza,
Logró oprimir mi beldad,

»Logró encender en mi pecho
Un infierno, no un volcan;
Y un gran pecho no se inflama
Impunemente jamás.

»Mi amor, que era inapreciable,
Pagó con iniquidad,
Y mis grandes sacrificios
Con un engaño infernal.

»Ante Dios, en los altares,
Con otra (que no es mi igual
En sangre ni en hermosura,
Pero que en ventura es más)

»Ligó su suerte; poniendo
Entre él y yo por su mal,
Un insuperable monte,
Un embravecido mar.

»Lloré, maldije, encontréme
De la muerte en el umbral,
Que la violencia del golpe
Me hundió en una enfermedad.

»Y por no ser el objeto
De la burla general,
De los sarcasmos del mundo,
De la charla popular,

»Me encerré en estas paredes;
Donde he sabido pasar,
Preparando mi venganza,
Tres largos años en paz.

»Y la he logrado.— El alevé
Vino por casualidad
De esta asoladora guerra
Abrigo en Parma á buscar.

»Lo supe, todos sus pasos
Hice perseguir sagaz,
El señuelo de un billete
Atrajo su liviandad;

»Y por esa tapia misma
Que os abrió paso, don Juan,
Y por el mismo camino
Que os ha conducido acá.

»Cenó, cual vos, á esa mesa,
Y á mi ruego pertinaz
Brindó con vino de Chipre,
Como acabais de brindar;

»Y en ese lecho una muerte
Al instante tuvo, tan
Espantosa, que aun me gozo
Con su agonía final.

»Encerrado en ese sitio
Hace dos días está,
Que falta de fuerza, en vano
Lo he pretendido sacar.

»En este terrible apuro
Llegasteis, os ví galan,
Enamorado, valiente,
Al bien dispuesto y al mal;

»Y sabiendo que á mi hermana
Habeis osado burlar
(Asunto que para luego
Suspendido quedará);

»De todos mis planes juntos
Ví cerca la realidad,
Y hasta os trajo mi fortuna
Tan cerca de aquí á morar.

»Y os he llamado á mi celda
(Cuando juzgabais quizás,
Que á ser dichoso en mis brazos),
Un cadáver á enterrar.

»Sús, al punto en vuestros hombros
Esa carga colocad;
Y si osais mover la lengua
O hacer de nó el ademan;

»Vive Dios que esta pistola,
Aspid fiero de metal,
Con su ponzoña ó su fuego,
Ceniza, nada os hará;

»Y en vez de uno habrá dos muertos,
Que otro menguado á sacar,
Enredado con mis artes,
Cual ese y cual vos, vendrá.»

Aterrorizado Lara,
Viendo á la furia ó vestiglo
Que le apunta una pistola,
Pronta á vomitar el tiro,

Y sintiendo por instantes
Un fuego lento en sí mismo
Que le abrasa las entrañas,
Que le turba los sentidos,

Por salir al aire libre
De aquella celda ó abismo,
Donde del infierno juzga
Escuchar los roncós gritos,

Obedece; y en sus hombros
Coloca el cadáver frio,
Y sigue tras de la monja
Acobardado y sumiso.

ROMANCE SEXTO

ALGO MÁS

Allá en un bajo terreno
De la huerta, hácia una punta
Que tapias y matorrales
Y espesos troncos ocultan;
Envuelta en su velo y manto
Está la tal monja, ó furia,
Como aterrador fantasma,
De pié y con la boca muda.
En la mano una linterna
Tiene, que en sombras confusas
Deja escondido su cuerpo,
Y con luz de infierno alumbrá
A sus piés, delante de ella,
Una zanja ó sepultura,
Que don Juan con una azada
Está haciendo más profunda.
Se ve en uno de sus bordes
El cadáver; y resulta
Un cuadro raro, espantoso,
De un efecto que espeluzna.
Reina silencio profundo,
Y solamente se escucha
El grave vuelo y los ayes
De una agorera lechuza;
Y los golpes de la azada
Que entre la tiniebla oscura,
A la luz de la linterna
Con vivas chispas relumbra.

Que sus fuerzas desfallecen,
Que su helada frente suda
Siente don Juan, y el trabajo
Harto espantoso apresura.
Cuando la monja bastante
El hoyo á su intento juzga,
La linterna levantando
Sus luces derrama astuta
De don Juan en el semblante,
Para examinar si alguna
Señal da ya del efecto,
Que por momentos calcula.
Y algo vió, pues presurosa
Dijo: «Ya es hartó profunda
La huesa: echad el cadáver,
Y que esa tierra lo cubra.»
Y la linterna dejando
Sobre la yerba, le ayuda
Con los piés y con las manos
A llenar la sepultura.

Y así que quedó el terreno
Igual, sobre él acumula
Hojas, ramajes y piedras
Que el fresco trabajo encubran.

Encarando nuevamente
La luz á la faz adusta
De don Juan, lo que esperaba
Advirtió en ella sin duda.
Pues con satánica risa,
«¿Estais cansado?» (pregunta).
Lara contestarla quiere,
Mas la lengua se le anuda.
La monja reconociendo
Que el habla le dificulta
Ya el estertor, que lo ahoga,
Urgir los momentos juzga.
Ya ve sus planes cumplidos,
Y que ya nada aventura
Con quien está que no puede
Revelar cosa ninguna.
Y la linterna soltando,
Saca, amartilla y apunta
A don Juan una pistola,
Y estas palabras pronuncia:
«Cumplisteis con vuestro empeño,
Yo con mi venganza justa,
Pues al alevoso encierra
El secreto de esta tumba.
»Y también está vengada
Mi hermana infeliz, que nunca
Sin venganza se han quedado
Las hembras de nuestra alcurnia.
»Ahora marchad; salid luego
Por do entrasteis en mi busca.
Salid, á tener descanso
De tan laboriosa angustia.»
En tanto que aquesto dice
A que se mueva le ayuda,
Que ya es llegado el momento
Y la detencion la asuta.
Lara, de quien los sentidos,
Se confunden y se turban,
De quien se traba la lengua,
De quien los oidos zumban,
Anhela tan solamente
Alejarse de tal furia,
Y salir de aquel infierno
En donde un monte lo abrumba.

De una horrenda pesadilla
Ser presa se le figura,
Y por despertarse de ella
El desventurado lucha.

Tropezando en cada mata,
Y por más que lo procura,
Sin que en gritar le obedezca
La lengua helada y convulsa;
Más que ayudado, arrastrado
Por la monja furibunda,
Hácia el lugar consabido,
Entre las sombras oscuras,
Llega al ciprés. La escalera
Está en la tapia. Con suma
Fatiga sube; su guía
Con brazos y hombros le ayuda.
Y al verlo sobre la barda
Así en ronca voz lo insulta,
Retirando la escalera
Con la que á don Juan empuja:
«Sabed, menguado, que el vino
De Chipre, que tanto os gusta,
Con el agua de Tofana
Se confecciona y se endulza.»

Lara á la parte de afuera
Por la tapia se derrumba,
Cae á la calle, arrastrando
Andar por ella procura.
Tardamente lo consigue,
Entre visiones confusas,
Devorado de dolores
Que el cuerpo le descoyuntan;
Abrasadas las entrañas,
Porque ya sólo circula
Fuego en sus venas.—Al cabo
Llega con fatiga mucha
Do el soñoliento asistente
Lo espera, sin que presuma
De dónde viene su amo,
Ni qué es lo que le atribula.
Que de alguna francachela
Ebrio sale, se figura,
Como suele, y lo levanta,
Sin susto, por darle ayuda.
Alzó un cadáver.... La monja
En calcular era ducha
La maldita agua Tofana,
Invencion que Dios confunda.

Gibraltar 1837.

